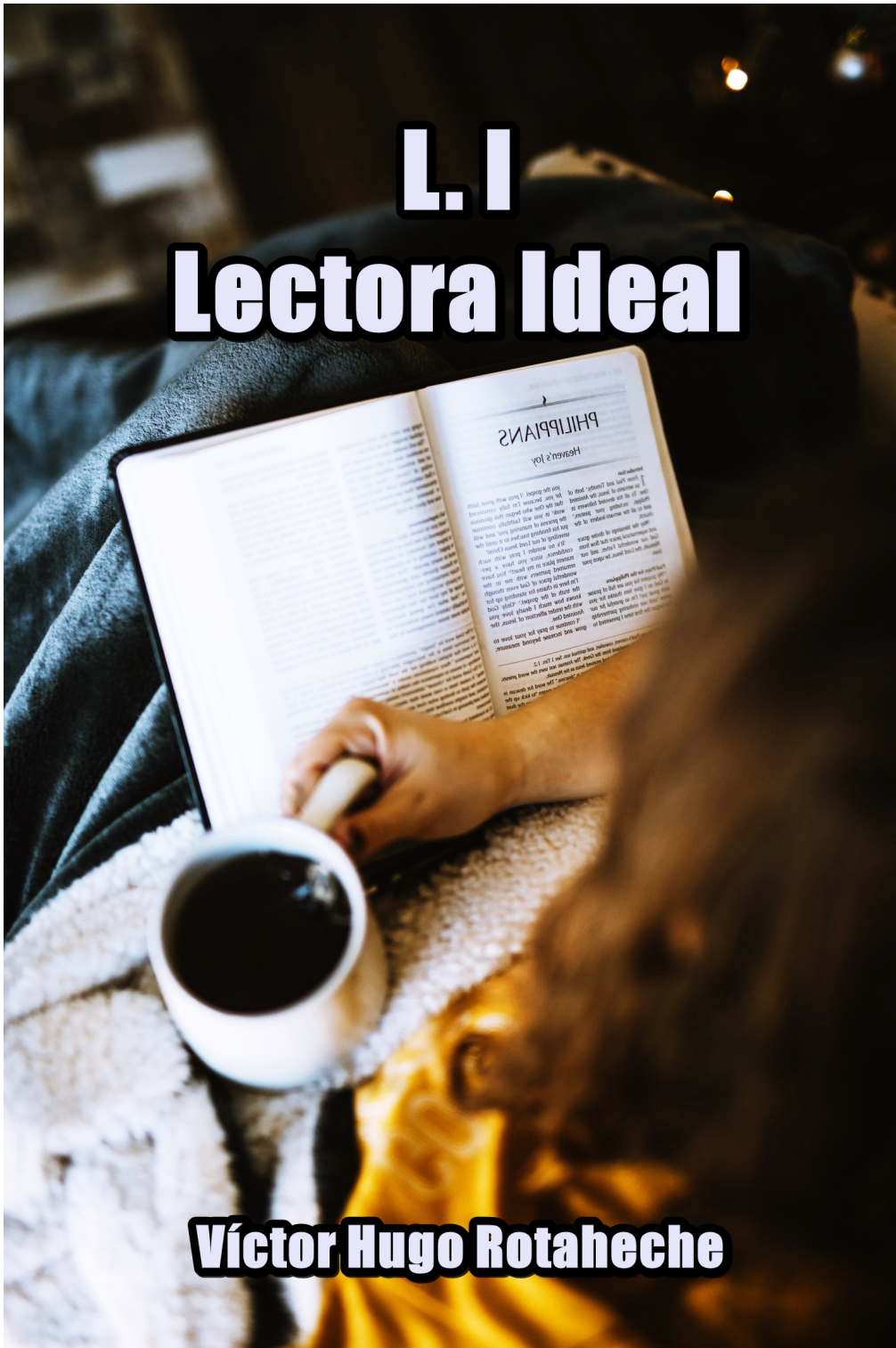


L:I Lectora Ideal

Víctor Hugo Rotaheche



L.I Lectora Ideal

Víctor Hugo Rotaheche

Capítulo 1

1

-Está en buen estado-comentó Mariano, observando el regalo que le habían traído; una máquina de escribir-

-Tiene todas las teclas-agregó Fernando-Ahora vas a poder terminar tus cuentos.

-Ni siquiera los corrijo todavía-dijo-Tengo muchas ideas, borradores, finales inconclusos; pura basura revuelta.

-¡Vamos viejo! ¡Un poco más de confianza!-comentó Fernando tratando de calmarlo-Todo lo que escribís es muy bueno, yo sé lo que digo.

-Lo dice mi hermano;-sonrió Mariano-Me gustaría que los editores de las revistas pensarán lo mismo.

-Estoy seguro de que todo lo que les mandaste les gusta; no aflojés, hay que seguir intentando.

-Si vos lo decís-Fernando intentó sonreír mientras sacaba otro paquete de su mochila-

-Ah, antes de que me olvide, mirá esto.

- ¿Qué es? -Mariano destrozó la envoltura con sus manos y leyó en voz alta-"El Resplandor" de Stephen King; ¡buenísimo! Muchas gracias. Me

tomaste de sorpresa, si sabía te cocinaba algo.

-Ese es el punto, es un regalo sorpresa. Y no te molestés, en casa me esperan con una bandeja de ñoquis recién hechos.

-¿Y cómo va eso?-preguntó Mariano, colocando su nuevo libro sobre la mesa-

-Ah muy bien, la morocha se las arregla con todo; lo bueno es que es malísima jugando al truco, anoche le gané el almuerzo de hoy.

-Buena excusa para no cocinar-sonrió Mariano-

-¿Y vos?-inquirió Fernando colocándose el abrigo que dejara sobre el respaldo de la silla-¿Hablaste con...Andrea?

-No-dijo Mariano-Y te agradecería que no tocaras el tema. Ah, y que te vayas de mi casa por favor.

-iLe voy a decir a mamá que me sacaste por la fuerza!-se quejó Fernando mientras lo empujaban-iVoy a decirle que tu perro me mordió!

-iNi siquiera tengo perro!-gritó dándole el ultimo zamarreo-iEsto es un departamento!

-iYa se va a enterar mamá de esto!-amenazó aguantándose la risa; aquel juego era una costumbre entre ellos, y lo más gracioso de todo es que

algunas personas que los observaban lo creían real-

-Si claro. ¡Andá por la sombra!-volvió a decir Mariano antes de cerrar la puerta. Una vez dentro, posó su mirada sobre el libro que quedara sobre

la mesa, junto al mate y las tortas fritas.

Eran las dos de la tarde.

2

Luego de lavar los platos sucios que quedaran de la noche anterior, pudo por fin admirar su máquina de escribir. Cada centímetro despedía un brillo enternecedor; extraño para venir de una máquina. El silencio del hogar y la timidez del aparato dormido le suponían una atmosfera suficiente como para ponerse a escribir. Dejó de lado los detalles técnicos, buscó algunos apuntes que tenía junto a la radio de pilas, y tecleó algunas palabras. El sonido era atrapante, no había mejor melodía que esa para un escritor primerizo. Continuó.

Tecleó, y cada vez que bajaba a la nueva línea del renglón, la campanilla del final del trayecto escrito parecía como una campana de largada para iniciar de nuevo bajo el segundo párrafo.

Tecleó; la pava que dejara sobre la hornalla hirvió hasta secarse, y el continuaba atornillado a la silla escribiendo, escribiendo como si las ideas atascadas por una enorme roca cayeran de pronto encima de su cabeza. El olor a quemado lo distrajo, la pava completamente seca rogaba para que la quitaran del fuego, sus heridas formaban llagas de metal en el fondo de aluminio.

Eran las cinco de la tarde.

-0-

El colectivo se detuvo sobre la calle 25 de Mayo; luego de despedirse del chofer, bajó con un pequeño folio en las manos, en el que tenía aún tibio las primeras cincuenta páginas de su novela. ¿Ya era una novela? Al parecer sí. Mariano no tenía ni idea de cómo había roto el paredón de su cabeza, aquel que siempre le costaba cruzar, y que ahora al parecer había ignorado por completo; el de la inseguridad.

Ahora cruzando la senda peatonal, y tratando de trotar para llegar al otro extremo de la calle, intentó armar una frase para convencer a la directora del diario de la ciudad; "Hola soy fulano de tal, y le traigo una novela que le va a encantar publicar en su diario". Eso no sonaba nada convincente. Dentro de su cabeza incluso armaba la escena, el dialogo y la música que pondría de fondo si fuera una película. Pero el caso es que no se imaginaba diciendo eso en la "vida real". En su mágica invención imaginaba un puesto en la redacción, una secretaria sexy que le serviría el té todas las mañanas a la misma hora, y que le traería el diario con miles de pretextos para invitarlo a salir. Claro que eso no sucedía; bueno, a no ser que la dueña del diario aceptara leer su borrador.

Cuando llegó a las oficinas, un embriagador aroma a cera de piso se adueñó de su nariz. Detestaba ese olor, si al menos no conseguía el trabajo se aliviaría de tener que sentir esa peste todos los días al llegar a su despacho. "Dejá de imaginar cosas"-se dijo-"Primero hay que hablar, y hablar bien".

-Buenas Tardes-casi de la nada, una mujer había aparecido delante de él, un enorme escritorio le cubría la mitad del cuerpo-¿En que lo podemos ayudar?

-Buenas tardes-dijo Mariano, intentando sonreír-Le comento mi situación. Yo soy escritor...

-Ajá-dijo la mujer -

-Me gustaría poder publicar mis historias, en su diario; por eso le traje mi curriculum, y un manuscrito inédito, que tal vez podría interesarle.

La mujer encargada del diario traía unos anteojos enormes, los bajó unos centímetros y lanzó una mirada que parecía estar hecha para convertir personas en piedra.

-Ajá-repitió- ¿Es ese que tenés ahí?-volvió a decir, esta vez olvidándose del "usted" que había utilizado anteriormente-

-Sí, así es.

- ¿Y para qué clase de lector escribís? -preguntó la directora-

-Bueno, no lo había pensado... pero, no tengo un público específico la verdad; los únicos lectores que tengo son amigos.

La mujer "mirada de medusa" volvió a colocarse los anteojos una vez más.

-Una lástima-dijo-Si no nos trae un género específico, para un público específico no se lo puedo publicar. Es una cuestión de política editorial, usted sabrá comprender.

-Si claro-dijo Mariano-

-Que tenga buenos días-volvió a decir, levantándose del escritorio que la ocultaba y parándose para "despedir" al joven escritor sin género definido-Lo acompaño hasta la puerta, que tenga buen día, muchas gracias por venir.

Cuando salió a la calle, Mariano recordó con bronca y con cierta risa (en realidad más bronca que risa), que era la quinta vez que lo acompañaban hasta la puerta, y le dejaban allí frente a los ruidos y las bocinas de los autos. "Y bueno, habrá que seguir intentado", se dijo; revisó sus bolsillos y encontró los cinco pesos que necesitaba para tomar el colectivo urbano: ya pasaban de la siete de la tarde.

“Mala suerte” se dijo; “Lo que tengo es mala suerte”

Desde que había llegado a su departamento no podía sacarse la idea de la cabeza; había perdido su manuscrito, y no tenía la menor idea de donde lo había dejado. Dar vueltas por la casa no lo tranquilizó ni tampoco lo ayudó a recordar. “Tal vez al bajar del colectivo-pensó- o cuando me subí”. Su mente y sus piernas se movían de acá para allá, masticaba un pedazo de pan, se rascaba la cabeza, fumaba nerviosamente. ¿Dónde estaba el maldito manuscrito? Rendido, se recostó en la cama, viendo como las pequeñas personitas, que eran para él los problemas que vivían dentro de su cabeza, brillaban intermitentemente sin dejar espacio a la tranquilidad.

Eran las 00:30 cuando se durmió por completo; la máquina de escribir, al igual que él, permaneció muda hasta la mañana siguiente.

3b

¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP!

¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP!

-¿Qué hora es?-pensó. Se había acostado con la ropa puesta, y el sol entraba de lleno en la habitación, tratando de quitarse el sueño de encima se levantó de la cama-

¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP!

¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP!

-¿Quién golpea tanto? Parece que fuera...

De un manotazo corrió las cortinas de su ventana, debajo, cerca de la reja de entrada, una joven golpeaba las manos arduamente, como si su

vida dependiera de ello. Mariano bostezó al abrir la ventana.

-¿Esta es la casa numero 9?-gritó la desconocida-

-Depende a quien busque-dijo-Hay muchos departamentos pegados uno

al lado del otro-

-Busco a...-su mirada se perdió entre los bultos de su maletín, sacó un folio lleno de papeles y volvió a decir-...Mariano Echroth, de la casa numero 9, calle Lezana y Avenida Holdich;

-Soy yo-dijo sin cambiar el tono de voz, las dudas atacaban su dormida mente, y las manos de la joven parecían no parar de moverse-

-Tengo algo, que creo que es suyo-dijo levantando el folio en alto; Sin decir una sola palabra, Mariano cerró las cortinas y corrió por las escaleras sin miedo a caerse, cuando hubo llegado afuera, la joven aún estaba detrás de la reja. Tenía el cabello cubierto con un gorro de lana color rojo.

-Hola-dijo-Anoche subí al colectivo, el que viene para el barrio "Sargento Cabral" y encontré esto en uno de los asientos-dijo extendiendo el paquete-Me tomé la libertad de revisarlo, para ver si tenía una dirección o algo.

-No sé qué decir, es mi primera novela; creí que la había perdido, no sabía qué hacer, estaba tan... enojado-Mariano tomó el folio, y volvió la mirada a la extraña visitante-Muchas Gracias...

-Evelyn, mi nombre es Evelyn-sonreía; Mariano supuso que tal vez lo hacía para conseguir alguna recompensa por el trabajo bien hecho; aunque quisiera no tenía muchos fondos, y los únicos billetes estaban arrollados bajo la almohada-También me tomé la libertad de leerlo-dijo-

-¿En serio?-preguntó-¿Y qué tal?

-Me gustó-dijo ella-Me gustó mucho, la verdad me gustaría saber cómo termina y ver qué pasa. Hace mucho que no leo algo tan apasionante.

-Lo debe decir para quedar bien-dijo Mariano-

-No, de verdad. Hablo en serio-la joven trataba de usar todos sus gestos "serios" para que notaran que sus palabras era cien por ciento reales; de alguna manera, se esforzaba mucho para que vieran que no había nada falso en ella- Además, me gustó mucho el detalle de que estuviera hecho en máquina de escribir.

-Ah, bueno muchas gracias entonces-dijo él-

-Sí, me encanta la letra mecanografiada; a veces me parecen pequeñas hormigas dormidas en la hoja-Mariano arrugó la nariz dudoso-Me refiero,

a la forma en cómo quedan impresas en el papel-se apresuró a decir ella-

-Claro, entiendo. ¿Y no le gustaría pasar? Podría preparar unos mates y...

Ella hizo una mueca extraña, sin dejar de sonreír buscó la manera más amable de rechazar la propuesta.

-No va a poder ser; tengo que entrar a trabajar, y después tengo cosas que hacer, y la verdad... voy muy tarde; tengo que llegar al centro, y tomar el próximo colectivo que sale dentro de unos minutos.

-Entiendo, no hay problema-dijo él-Además ni siquiera nos conocemos, y... no tenés porqué tampoco; Además, ya hiciste demasiado en traerme el folio, y... eso. Bueno, no te molesto más muchas gracias.

Ella extendió una mano enguantada a través de la reja y estrechó la de Mariano de manera amistosa. Mientras iba de regreso a su departamento, el reloj de Mariano pitó sonoramente: eran las diez de la mañana.

4

Quitó la pava de la hornalla, y la dejó a un lado; buscó un saquito de té, una taza, y las dejó en el mismo sitio donde dejara la pava. Buscó en la alacena un par de tortas fritas, y las puso en un plato hondo; preparó el té, y se puso a revisar el folio recuperado; las hojas abrochadas no habían sido revisadas desde que habían sido escritas. De pronto pensó que había sido una canallada querer que se lo publiquen, sin siquiera haberle hecho una corrección. "La emoción del momento me dio mucha fe", se dijo a sí mismo mordiendo una torta frita, sacó las hojas de la bolsita y comenzó a revisarlas.

Ya tenía correcciones; muchas correcciones hechas con birome roja.

¿Quién fue? Luego recordó a su extraña visitante; cada página tenía un redondel sobre las palabras que estaban "mal enunciadas", "mal desarrolladas" "mal redactadas" "mal interpretadas", al parecer la correctora tenía una única palabra en su caja de herramientas y no se gastaba en disimularlo. Claro, si es que era ella la que se había tomado el tiempo y la voluntad de revisar las 50 páginas que representaba la primera parte de lo que presumía ser una novela. Cada espacio en blanco era la oportunidad de lanzar un dardo con comentarios y notas al margen; Mariano sonrió, por fin alguien que le decía la verdad. Prefería eso, al simple "ay, que linda historia, como me gusta, que lindo escribís". Ya el calificativo "lindo" le parecía demasiado corto para lo que él tenía en la

cabeza. No escribía para agradar, o para caerle bien a determinadas personas: solo lo hacía porque había algo dentro de él que se sentía bien cada vez que lo hacía.

Luego de despejar la mesa, colocó la máquina de escribir, y los nuevos apuntes que traía la novela le ayudaron a teclear la segunda parte, que aún estaba tambaleante dentro de su cabeza. Mientras tecleaba sobre su armatoste literario, lamentó no haberle pedido ni siquiera el número de teléfono a la correctora, o algo más que solo su nombre; intentó despejar esas ideas de su cabeza, pero cada página escrita estaba pensada para ver como la leería Evelyn, como la observaría, que detalles le quitaría, o que habría de agregarle en caso de que fuera necesario (como ya lo había hecho en todo el manuscrito). El número de páginas iba en aumento, las iba dejando a un lado, y ni siquiera quería verlas para no ponerse demasiado contento y distraerse de la verdadera labor que era escribir. Escribir, escribir y escribir. ¿Se había acordado de sacar carne para descongelar? "Eso no importa"-se dijo- hay que seguir escribiendo soldado". No hubo campana de salida, pero si un sonoro gruñido de su estomago que le ordenó detenerse; era las 12:30 del mediodía.

¿Qué hay para cocinar?-se dijo-

-o-

La polenta con tuco era una de sus especialidades; comió hasta reventar, y lavando los platos (más bien el plato), tuvo ganas de ir a la biblioteca pública. Con el manuscrito en la mano, y esta vez dentro de un sencillo maletín, intentaría no perderlo. Buscaba aprovechar el tiempo, y las clases de la universidad aún no comenzaban y pensaba que quizá, en los pocos días que le quedaban podía a terminar de construirse una imagen de escritor que el aún creía frágil, pero que sus amigos veían desde hace tiempo. Caminando por la Avenida Holdich, pensó que sería oportuno encontrarse de nuevo con su imprevista correctora; pero ella no aparecía por ninguna parte. Solo autos que iban y venían, personas que cruzaban las sendas peatonales, y nada más que los ruidos normales de una ciudad bulliciosa.

Continuó su caminata por la plazoleta, silbando una canción que escuchara en la radio; no tenía televisión, lo que para él además de un gasto innecesario, era muy molesto, intentaba no dejarse llevar por esa caja llena de luces multicolores: prefería los libros y alguna que otra película. Llegando a la plaza volvió a pensar en la correctora: "¿Será maestra o escritora?"Cada planteo de su parte estaba buenísimo, y a pesar de ciertas cosas con las que no estaba de acuerdo, podría haber

estado discutiendo con ella toda la tarde si quisiera, sobre todo si un día cualquiera se ponía a ordenar muebles dentro de su departamento. "No, que la luz no se ve desde allá", "que la mesita de noche tiene que estar cerca de la cabecera de la cama", "¿Vas a dejar esa modular ahí? ¿Qué no ves que no se puede pasar?" Sin darse cuenta soltó una carcajada estruendosa, y muchos de los que estaban en la plaza se dieron vuelta para ver quién era el que se reía solo; caminando con su maletín en la mano, trató de disimular para que nadie se diera cuenta.

"Demasiado tarde"-pensó-

Ya en la vereda de la biblioteca, silenció el volumen de su celular y entró. Si había algo que le gustaba de la biblioteca municipal era el silencio; eso, y la forma graciosa que tenía de hablar el encargado. Un muchacho de pelo largo, barba y camisa blanca.

-Hola Buenas Tardes-dijo el encargado, que por su forma de hablar, parecía haber salido de un comercial de esos de "llame ya"-¿En qué te puedo ayudar?

-Hola-dijo Mariano aguantando la risa-Solamente quería pasar a leer, y voy a usar un libro de las estanterías que están al fondo.

-Ah bueno-dijo el encargado sin abandonar su tono de voz-Anotate por favor en la lista, y pasá nomás, no hay ningún drama.

-Gracias-dijo Mariano-

Le encantaba meterse ahí. Rodeado de repisas que rebosaban de libros de todo tipo y tamaño; lamentaba que algunos no se usaran y que estuvieran ahí exhibiéndose, mostrando hilachas de su encuadernación, adornando escaparates por toda la eternidad. Intentaba quitarse eso de la cabeza mientras comenzaba a buscar libros al azar, quizá alguno que tuviera "lecciones para escritores novatos". Tal vez, con suerte...

-Hola-la voz, algo temerosa pero clara vino de la nada-

-¿Eh?-Mariano usó la escalera para alcanzar las repisas más altas, cuando se giró estaba ella; era la misma sonrisa que tenía cuando le había ido a dejar el manuscrito; Sin bajar, Mariano saludó de la única forma que sabía-¡Eh! Hola... ¿Qué tal?

-Bien-dijo ella-¿Qué hacías?

-Estoy...

-Sí ya sé, buscando libros-volvió a decir-Es una pregunta muy obvia; como cuando entran a despertarte sin querer, y te dicen: "uy no perdón.

¿Estabas dormido?

Él rió complacido, le gustaban los chistes simples y cortos; para él no había nada más efectivo.

-Es verdad-dijo-

-Cuando leí tu borrador-continuó ella-Me tomé la libertad de agregarle algunas cosillas, espero que no te hayas molestado.

-Ah no, no hay drama con eso, Está todo bien-dijo Mariano-Es más; con esas correcciones que vos hiciste, pude empezar la segunda parte-agregó bajándose de la escalera y revisando el maletín-Mirá acá la tengo por si querés verla.

-¿Todo esto?-dijo ella-Son como 80 páginas, o más creo.

-Sí, así es.

-Parece que estabas inspirado-volvió a decir Evelyn sin dejar de hojear el nuevo borrador- ¿Me lo podrías prestar por favor?

-Si claro, no hay drama; Hacele todas las notas que se te antojen.

-Buenísimo... ¿Qué te iba a decir?-volvió a decir ella, como intentado recordar; intentaba atrapar una idea dentro de su cabeza, o quizá decir algo más, cuando un sonido brotó dentro del bolsillo de su mochila de mano-Uh, me está vibrando el celular... a ver, quién es;

-Atendé tranquila-dijo Mariano tomando un libro al azar, de la estantería que tenía junto a él-

-Como odio las interrupciones-dijo ella-Me tengo que ir, iba a invitarte a tomar mates a la plaza, y a discutir tu novela, pero... me necesitan en mi casa y, la verdad es muy urgente.

¿"Discutir mí novela"? pensó Mariano, hasta a él le sonaba gracioso esa expresión, tal vez sería la última vez que la vería, intentó hacer una pésima jugada, tal vez la única que tenía a mano.

-¿Dónde puedo verte de nuevo?-le dijo-

-¿Qué tal mañana acá? Es decir, es el único lugar donde podemos hablar, bah, digo no sé; perdón no me puedo quedar mucho tiempo, en serio tengo que irme-habló muy rápido, como si hubiera dejado algo sobre a hornalla o tuviera que ponerse la capa de heroína y salvar el día de la manera más afortunada; Mariano intentó decir algo más, pero la correctora ya había desaparecido por completo. Solo estaba él, el silencio

de la biblioteca, y los libros.

Era las cuatro y media de la tarde.

5

- ¿Es bonita no?-preguntó Alcides mientras cebaba un mate; había llegado de Río Percy, y cuando tocó suelo Esquelense le envió un mensaje de texto a Mariano para que lo esperara en la plaza-

-Sí, bastante-dijo él-No solamente se tomó el trabajo de leer mi borrador, sino también de corregirlo, de hacerle notas; todo. Yo dije: ¿De dónde salió? ¿De debajo de una piedra?

-Lo mismo iba a decirte-comentó sonriendo Alcides-¿Y cuando la vas a ver de nuevo?

-Supuestamente mañana-dijo-Pero no sé; espero que aparezca, no solo porque quiero verla, sino porque quiero que me devuelva mi novela.

-Podés usar eso como excusa-dijo-¿No?

-Si puede ser; pero ni siquiera tengo su número de teléfono, así que es medio al pedo.

-Bueno, pero ya sabés donde encontrarla, eso es algo-luego añadió-Mirá quién anda ahí; El profe Carelli.

-Ah sí, Matías Carelli-dijo Mariano levantando una mano en el aire a modo de saludo-¿Qué andaré haciendo?

-Ni idea, Che, ¿Compraste algún "comic" nuevo?-Alcides dejó los mates a un lado, y sacó una bolsa con facturas-

-0-

Al día siguiente decidió no ir a la biblioteca. Pensó que su nueva lectora necesitaría el tiempo suficiente como para poder leer el manojito de

páginas que se había llevado. Esperando, se sentaba frente a la máquina de escribir; luego de sacar la pava de la hornalla, y preparar el té, escribía unas cuatro horas al día. Luego descansaba lo suficiente como para poder seguir. Las teclas de la vieja Olympia estaban marcadas por las yemas de los dedos, las hojas se apilaban una detrás de la otra.

Escribía para ella. Durante dos semanas, mecanografiaba todo lo que salía de su cabeza, así fuera un montón de ropa sucia, lo ponía en el papel; tal vez sonaba a vagancia, pero sabía que su lectora ideal pondría los ojos en esa ropa, y haría los remiendos necesarios. Ni siquiera el mismo sabía cómo le había tomado tanta confianza para dejar hacer y deshacer sus historias. Pero le gustaba.

Dos semanas y media escribió; las clases aún demoraban en comenzar por paros docentes, y Mariano aprovechó el tiempo para prolongar su labor literaria todo lo que creía necesario. La cinta de la máquina pareció secarse de pronto, la observó mientras escribía las últimas páginas, y colocó una nota en el refrigerador: "no olvidar comprar nueva cinta para la máquina". Dejó el papel pegado con un imán, y abrió la ventana. Eran las cuatro y media de la tarde de un sábado.

6

Salir a caminar le rompió la rutina. Siempre estaba en casa haciendo las labores del hogar, intentando escribir o leyendo bibliografía de la universidad. Ahora escribía demasiado, hacía de amo de casa solo lo necesario, e ignoraba por completo los módulos de Historia Contemporánea del Profesorado. Mientras subía las lomas, cada tanto miraba hacia atrás. Esquel se veía bien de lejos, y con el sol de aquella tarde le hubiese gustado sacar una foto, pero no tenía con qué. Cerca de la cascada, había un grupo de adolescentes tocando la guitarra, supuso que si subía más arriba, podría estar solo un rato, y pensar. O tal vez no hacer nada, le gustaba el silencio, y ver el paisaje. No quería nada más.

-¿Solo como loco malo?-una voz rompió su silencio. ¿Cómo hacía ella para aparecer en los momentos más oportunos? Tuvo ganas de preguntarle, pero cambió de tema para parecer importante.

-Ajá-dijo-Pasa que tengo muy mal carácter.

-Ya lo imagino-dijo Evelyn sentándose junto a él-¿Lindo día no?

-Un día peronista-dijo Mariano-

-¿Vos también con eso? Parecés mi abuelo-dijo ella-

-Perdón; bueno, es un lindo día-volvió a decir Mariano-Un día que no tiene ninguna afiliación política.

-Me gusta más así-agregó ella-¿Escribiste hoy?

-Toda la tarde, y la mañana también-dijo-

-Tenés ojeras, deberías descansar un poco.

-Sí, pero no estoy cansado en realidad. Solamente salí porque quería distraerme un rato, y en una de esas te encontraba.

-Y me encontraste-dijo-Terminé de leer las hojas que me diste.

-Buenísimo.

-No sé si tan bueno-dijo ella sonriendo-Te tengo unas críticas bravísimas.

-¿Ah sí?-Cuando la besó, el perfume de ella le sonó familiar. Abajo los adolescentes seguían de guitarreada, y el sol intentaba esconderse entre las nubes.

-No creo que puedas convencerme-dijo ella-Pero podrías intentarlo.

-O-

El primer contrato editorial que consiguió fue gracias a Evelyn. Ella revisó la nota de presentación de sus novelas, y colocó las palabras exactas para convencer a los monstruos empresariales más importantes de Buenos Aires. El Ateneo ofreció un modesto adelanto de 12 mil pesos por la primera parte de "Lobos seculares", una saga que prometía mucho, sobre todo porque las primeras páginas bastaban para que el lector quedara inmerso en la trama.

Tras la primera publicación, llegaron las charlas y presentaciones del libro; aun así Evelyn casi nunca podía estar en los lugares en los que la

necesitaban. Cada mensaje de texto era una advertencia de "llego tarde", "después me contás con más tiempo" entre otras seguidillas de respuestas. Mariano aceptaba sin muchos reclamos, y se colocaba frente al podio tratando de dar la más clara de las exposiciones, firmaba unos cuantos ejemplares, y aún no creía que las críticas publicadas en los diarios (hasta ahora favorables) hablaran de él en los suplementos dominicales. Todo había sido gracias a la máquina de escribir, la persistencia y claro las correcciones.

Cierta vez, aún en la tranquilidad de su pequeño departamento, comenzó a limpiar su artefacto literario, una pequeña etiqueta debajo de las teclas le llamó la atención.

7

-La máquina de escribir era mía-dijo ella, un tanto incomoda, había entrado a la privacidad del mundo de su amigo escritor y desde hace tiempo había preferido no hacerlo-

-¿Por qué no me lo dijiste?

-Bueno, no lo sabía; Yo había preferido mantenerme al margen, en un perfil bajo. Existen cosas, que no se deberían contar.

-¿Cómo cuales?-Mariano encendió un cigarrillo, la máquina estaba en medio de la mesa, entre medio de ellos-

-Es que es complicado-dijo- Todo tiene que ver con la máquina. La máquina hace que yo venga hasta acá, te digas estas cosas, y no sé, a veces no puedo estar donde quiero las veces que quiero-redundó-No sé si me entiendas.

-Poco. Pero; ¿Qué tiene que ver la máquina con tu forma de hacer las cosas?

-Caminemos.

Tomaron la calle de tierra hasta el baldío sin terminar sobre la calle Lezana. Ambos compartían un silencio pesado, un tanto molesto para los dos, pero compartido. Mariano llevaba ambas manos en los bolsillos de su chaleco, y el cigarrillo que encendiera al salir de casa ya se consumía de a poco. Varios minutos pasaban de las once de la noche, las luces de las calles eran faros de una pista desconocida, apenas se veían las piedras y

el musgo de los patios desnudos.

-¿A dónde...

-Paciencia-le dijo ella-¿Trajiste la linterna?

Asintió con la cabeza. Los autos pasaban rasantes cerca de ellos, levantando polvo y piedras, y la caminata no hacía más que alargarse. Ya cerca de la ruta, Mariano vio las luces de la estación de servicio junto a la ruta. Tuvo un presentimiento, pero prefirió guardárselo.

“Vamos por acá” le dijo ella. Cruzaron un nuevo camino de tierra, y se colaron por un alambrado, el césped humo y las canillas rociadoras aún estaban en pleno funcionamiento. El cementerio a esa hora de la noche estaba cerrado, Mariano ya tenía las preguntas que necesitaban ser respondidas, aunque no sabía si se las responderían todas.

Filas y filas de cruces y lápidas, se detuvieron en una. Evelyn habló primero.

-Bueno, llegamos.

-¿Qué...

-Usá la linterna por favor-volvió a decir ella. Mariano iluminó las letras de la lápida de mármol, las fechas eran muy recientes. Con la diferencia de un par de meses.

-Entonces...

-Exactamente-dijo ella-Yo no existo. Al menos dejé de hacerlo hace un tiempo. Estoy atada a las últimas cosas que hice el día que me morí. Parece gracioso ¿No? Una se va a trabajar un día, y de repente pasá un tipo en su auto y te pasa por encima. ¿Leíste el libro ese de la chica que toca el Cielo y que al parecer se queda entre el cielo y la tierra? Lo mío es temporal, no puedo elegir, ojalá fuera tan fácil.

-¿Pero las correcciones? ¿Cada nota que hacías y marcabas?-Mariano encendía otro cigarrillo, uno tras otro sin terminar el anterior-

-Ah no. Esa no fui yo; fuiste vos. De pronto alguien parecía tomarte en cuenta, y tenía todas las respuestas, y de la nada tu talento creativo se disparó. Fue la máquina la que empezó todo, la máquina y tus argumentos. Fue como combinar una chispa con un barril de pólvora.

-La verdad sigo sin entender. No encuentro una respuesta lógica.

-No la busques. Charlemos un rato, no me queda mucho tiempo.

A la mañana siguiente, Mariano estaba sentado cerca de una lapida pequeña, que brillaba con los primeros rayos de la mañana. De tanto en tanto se movía para no acalambrarse, tal vez se quedaría allí unos minutos más.

Uno de los encargados de la limpieza del lugar, se preguntó si no sería prudente llamar a la policía.

FIN

Víctor Hugo Rotaheche

© 2017